

del ángel S. Gabriel en el día de su Anunciación; qué veneración mas caracterizada que la de Sta. Isabel en el de la Visitación? *Benedicta tu in mulieribus.* (Luc. 1.) Pero no se contenta con esto: ¿De dónde á mí (añade) que la Madre de mi Señor me venga á visitar? *unde hoc mihi?* ¿De qué manera, y en qué términos se esplica Santiago el Menor en su liturgia sobre las alabanzas de la santísima Virgen? «Todas las criaturas os alaben y os bendigan, ó llena de gracias; todos los ángeles y todos los hombres os honren y os reconozcan por templo santo, paraíso espiritual y gloria de las vírgenes, de quien Dios quiso tomar carne, y á quien se dignó reconocer por madre como hijo; todas las criaturas os alaben y os bendigan, ó llena de gracias.» Sabemos lo que en este punto sintió S. Juan y todos los demás apóstoles. En todos los siglos de la Iglesia hubo grandes hombres y grandes santos; pero ninguno de estos grandes doctores dejó de sentir lo mismo por la Madre de Dios. S. Ignacio mártir en el primer siglo; S. Justino y S. Ireneo en el segundo; S. Gregorio de Neocesarea y S. Cipriano en el tercero; S. Atanasio, S. Efrén, san Basilio, S. Epifanio, S. Ambrosio, S. Agustín, S. Jerónimo, san Crisóstomo, S. Sofronio en el cuarto; S. Cirilo, S. Eucherio, san Crisólogo, y S. Basilio el de Seleucia en el quinto; S. Fulgencio, S. Andrés de Candia, y otros muchos en el sexto; S. Gregorio el Grande, S. Ildefonso, y todos los padres del segundo concilio de Nicea en el séptimo; S. German de Constantinopla, y S. Juan Damasceno, con el quinto y séptimo concilio general en el octavo; S. Nicéforo, Teofanes de Nicea en el noveno; el sabio Idiota y S. Fulberto en el décimo; el bienaventurado Pedro Damian, y S. Anselmo en el undécimo; S. Bernardo en todas sus obras, el abad Ruperto, Arnaldo de Chartres, y Hugo de S. Victor en el duodécimo; el papa Inocencio III, y el célebre Guillelmo de París, Sto. Tomás de Aquino y S. Buenaventura, sin hablar de Sto. Domingo y de S. Francisco, en el decimotercio; el sabio Escoto, S. Bernardino de Sena, Juan Gerson, S. Laurencio Justiniani y S. Antonino en el decimocuarto; todos los grandes hombres, y todos los sabios en los siglos siguientes; todas estas lumbreras del mundo cristiano; todos estos oráculos del Espíritu Santo y de la Iglesia, como que apuraron sus voces y su elocuencia en publicar las grandezas de la Madre de Dios, en exaltar su poder después del de su Hijo, en exhortar á todos los cristianos con espresiones dignas de tal asunto, y con los términos mas enérgicos á una confianza sin límites, á una singular veneración, y á una tierna devoción con la santísima Virgen. ¿Pues qué podrán esperar de su futuro estado y de su eterna salvación

aquellos que no tienen esta tierna devoción y esta confianza llena de consuelo en la Madre de Dios?

El Evangelio es del cap. 19 de S. Mateo.

En aquel tiempo dijo Pedro á Jesus: He aquí que nosotros lo hemos abandonado todo, y te hemos seguido: ¿qué premio, pues, recibiremos? Pero Jesus les respondió: En verdad os digo, que vosotros que me habéis seguido, en la regeneración, cuando el Hijo del hombre se sentare en el trono de su gloria, os sentareis también vosotros en doce tronos, y juzgareis á las doce tribus de Israel. Y todo aquel que dejare ó su casa, ó sus hermanos, ó hermanas, ó á su padre ó madre, ó á su mujer ó hijos, ó sus posesiones por causa de mi nombre, recibirá ciento por uno, y poseerá la vida eterna.

MEDITACION.

Del singular culto que debemos rendir á la santísima Virgen.

PUNTO PRIMERO. — Considera que en haciendo reflexion á que la Virgen es Madre de Dios, fácilmente se comprende el ardor, la tierna devoción y el profundo respeto con que debe ser reverenciada. Solamente los arrianos, los nestorianos, los calvinistas y los luteranos, enemigos mortales de la Iglesia y de Jesucristo, tuvieron atrevimiento y descaro para desaprobado y condenar el religioso culto que se debe tributar á María. Si hasta el Hijo de Dios respeta á su Madre, ¿cuánto deberán venerar los fieles á aquella portentosa mujer á quien estuvo sujeto aun el mismo Hijo de Dios? Toda la Iglesia implora muchas veces al día su poderosa intercesión; ¿qué culto no la deben rendir los hijos verdaderos de ella? El infierno vomita sin cesar horribles blasfemias contra esta Señora; pero, ¿cuántas no vomita continuamente contra Jesucristo? Jamás hubo, ni jamás habrá quien siga su opinión y tenga el mismo lenguaje, sino la herejía, hija primogénita del infierno. Los verdaderos hijos de Dios hablan y discurren muy de otra manera. Tantos templos, tantos altares erigidos en su honor, tantos votos ofrecidos para merecer su protección, tantas piadosas congregaciones y cofradías como hay en la Iglesia católica bajo los auspicios de su soberano nombre, todo prueba, todo publica la necesidad y la santidad de su culto. La sublime, la incomprendible dignidad de Madre de Dios; el augustísimo título de mediadora con el Hijo del Eterno Padre; nuestras necesida-

des, nuestros intereses, nuestra esperanza, nuestra fe y nuestro reconocimiento, todo nos está pidiendo el mismo reverente culto. Es un tributo debido á la excelencia, á la suma dignidad de Madre de Dios, de Reina de los ángeles y de los hombres, á la eminente santidad de aquella que es inferior á solo Dios, y superior á todo lo que no es Dios. Al considerar los afectos de la mas humilde, de la mas profunda veneracion con que todos los santos honraron á la santísima Virgen, las espresiones de que se valieron para manifestar su respeto interior, que ni uno solo dejó de tributar el culto mas elevado, esceptuando la adoracion de patria; cuando se hace reflexion á que la Iglesia no contenta con celebrar tantas fiestas en su honor con toda la solemnidad posible, no dándose por satisfecha con no comenzar ni acabar jamás el oficio divino sin una oracion particular á la santísima Virgen, quiere que todos los dias se toque tres veces la campana, para acordar á los fieles que tributen á esta divina Madre el culto que se la debe: ¡cuánto debemos sentir el haberla honrado tan tibiamente hasta este dia! ¡oh, y cuánta negligencia en su servicio! ¡qué frialdad, qué indecencia en el culto que la hemos tributado!

PUNTO SEGUNDO. — Considera que hay en la Iglesia tres especies de religioso culto. El de *latria*, ó de suprema adoracion que solo pertenece á Dios, y á solo él debe terminarse. Esta adoracion interior que rendimos á Dios en espíritu y en verdad, tiene sus actos ó señales exteriores, siendo la principal de ellas el sacrificio, el cual á solo Dios se le puede ofrecer; por cuanto el sacrificio se instituyó para dar un público testimonio, y para hacer una solemne protestacion y auténtico reconocimiento de la soberanía de Dios y de nuestra dependencia de él. Todo este religioso culto se debe terminar á Dios como á su necesario fin; y si el que tributa la Iglesia á la Virgen y á los santos se puede llamar religioso, es porque necesariamente se refiere á Dios. Asi, pues, hablando en propiedad, no es á Maria á quien dedicamos altares, consagramos templos, y ofrecemos sacrificio, sino á Dios que la escogió, y que la santificó, y que la glorificó. El segundo culto es de *dulia*, y es el que se rinde á los santos, cuyas virtudes se celebran, y á ellos se les reconoce como á verdaderos siervos de Dios. Pero el culto que rendimos á la santísima Virgen, como debe ser proporcionado á su santidad, y á la clase que ocupa en la corte celestial, tambien ha de ser de orden superior al que tributamos á los santos, y por eso se llama de *hiperdulia*; esto es, de línea tan superior al de los demás bienaventurados,

cuanta es la ventaja que hace á todos ellos la santísima Virgen en santidad, en dignidad y en merecimientos. Y como la santísima Virgen, en calidad de madre de Dios, hace en la gloria, digámoslo asi, clase aparte, y sentada á la diestra de su Hijo ocupa un trono muy superior á todos los ángeles y á todos los santos; tambien merece unos honores, una veneracion y unos cultos muy superiores á los que se tributan á todos los santos que pueblan la celestial Jerusalem. Y bien, ¿qué culto especial es el que hasta aquí yo la he tributado? Toda veneracion es la medida del aprecio que hacemos del mérito de una persona, y del concepto que formamos de su dignidad. ¿Y la veneracion que hemos profesado hasta ahora á la santísima Virgen será gran prueba de la excelencia de nuestro culto y de nuestra devocion á esta Señora? Respétanse los retratos, el nombre y hasta los palacios de los grandes; ¿qué respeto hemos tenido á los templos, á las imágenes y al nombre de Maria? ¿Cuántas veces en nuestras devociones hemos confundido las apariencias de respeto con una mera costumbre?

Virgen Santa, grande es mi dolor de haberos honrado, de haberos amado tan poco hasta el dia de hoy. La confianza que tengo en vuestra bondad alienta mi esperanza de que olvidareis mis pasadas negligencias. Desde este mismo punto comienzo á honraros como á madre de mi Dios; comienzo á amaros como á mi querida madre. Dignaos recibir el arrepentimiento y los votos de un humilde siervo vuestro, que ha sido infiel hasta aquí; pero que está bien resuelto á ser todo el resto de su vida el mas rendido y el mas zeloso de todos vuestros esclavos.

JACULATORIAS. — Dignaos, ó sacratísima Virgen, de que todos los dias de mi vida sean un perpetuo panegirista de vuestras alabanzas. (*Eccl.*)

Dios te salve, Reina de los cielos; Dios te salve, Señora de los ángeles y de los hombres. (*Eccl.*)

PROPOSITOS.

1. Rézanse muchas oraciones, y se hace poca oracion; mas parece leer, que meditar ni pedir. El poco respeto y la poca atencion en las devociones las quitan el mérito, y nos privan del provecho. Si quieres que la Virgen oiga tus oraciones, y que la sean agradables, vive bien. Siempre están puros los labios cuando el corazon no está manchado con culpa. Tu interior y exterior, respecto á la santísima Virgen, sea prueba de la ternura con que

la amas , y señal visible del religioso culto que la rindes. Venera singularmenté todas las cosas que la pertenecen ó se refieren á ella ; devociones , imágenes , símbolos , oraciones , capillas , confradías , todo lo que se dirige á honrar á la Madre de Dios , á inspirar confianza en la Madre de Dios , y á promover la devocion con la Madre de Dios ; todo ha de ser dulce , precioso y respetable para tí. No pierdas ocasion de mostrar tu religiosa pasión por la Madre de Dios , de exaltar sus grandezas , de publicar sus alabanzas y de estender su culto. Estos afectos son propios de todos sus verdaderos siervos.

2 Hónrase verdaderamente á la santísima Virgen honrando á toda su familia ; singularmente á Sta. Ana , á S. Joaquin y á su prima Sta. Isabel , á S. Zacarias , á S. Juan Bautista , á san Juan Evangelista , y sobre todo á su casto esposo S. José , guarda y testigo de su virginidad. Honra tambien por su respeto á todos los santos que mas sobresalieron en su tierna devocion. Celebra con solemnidad y con especial fervor todas sus fiestas. Es devocion muy meritoria ayunar las vísperas de las festividades de la Virgen. Pero sobre todo te has de imponer una ley particular de rezar con singular devocion las oraciones que hicieres á esta Señora. Jamás dejes de rezar las *Ave Marias* á la mañana , á mediodía y á la noche ; pero siempre con toda atencion y respeto. Pronuncia siempre con grande veneracion el sagrado nombre de Maria , y entre dia repítela muchas veces esta bella oracion de la Iglesia : *Maria mater gratiæ , mater misericordiæ , tu nos ab hoste protege , et hora mortis suscipe.*

DIA XXI.

MARTIROLOGIO.

EL TRÁNSITO DE SANTA JUANA FRANCISCA FREMIOT de Chantal , en Moulins en Francia , fundadora de las religiosas de la Visitacion de santa Maria , esclarecida por su calidad , por la santidad de su vida en que perseveró en los cuatro estados que tuvo , y tambien por el don de milagros. Clemente XIII la canonizó. Su sagrado cuerpo fué trasladado á Annecy en la Saboya , donde fué solemnemente colocado en la primera iglesia de su orden. Clemente XIV mandó que toda la Iglesia celebrase hoy su fiesta. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SANTA CRIACA , viuda y mártir , en Roma en el campo Verano ; la cual en la persecucion de Valeriano se dedicó personalmente con toda su hacienda al servicio de los santos ; y finalmente , padeciendo martirio , con muy buena voluntad , dió tambien su vida.